# LOS GATOS DE ETA

Celestino Alcázar

# LOS GATOS DE ETA

Celestino Alcázar

avant
editorial

Primera edición, septiembre de 2026
© Celestino Alcázar Trujillo, 2026

Maquetación y diseño:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

ISBN: 9791388206849
Thema: FYD - FBA - HBJD - AXKD - FHXG
DEPÓSITO LEGAL: M-17398-2026

*Esta novela está dedicada a la memoria*
*de todos los servidores públicos ausentes,*
*cuyo valor, entrega y sacrificio*
*constituyen un ejemplo permanente*
*para los presentes que hoy tienen el honor*
*y la responsabilidad de servir a la sociedad.*

*No os olvidamos ni tampoco los perdonamos.*

# EPÍGRAFE

*No he de callar por más que con el dedo,*
*bien tocando la boca, o ya la frente,*
*silencio avises o amenaces miedo.*
*¡No ha de haber un espíritu valiente!*
*¡Siempre se ha de sentir lo que se dice!*
*¡Nunca se ha de decir lo que se siente!*

Don Francisco de Quevedo.

# CAPÍTULO I

## CARNE DE CAÑON

—Tenemos visita —con un gesto de la cabeza, el guardia civil le indicó a su compañero la dirección por donde se acercaba un vehículo.

Sentados dentro de una pequeña garita y encorvados frente a un viejo radiador, trataban de entrar en calor en la oscura y húmeda tarde. El compañero levantó la cabeza, intentando observar a través de los gruesos cristales blindados, con algún que otro impacto de bala, quién se aproximaba a través de la incesante cortina de agua que el "sirimiri" los llevaba ofreciendo todo el día.

—Te toca salir a ti —volvió a decirle, cuando el vehículo se encontraba a escasos metros de la barrera del puesto de control.

No era un turno premeditado con el que los dos guardias civiles intentaran sobrellevar mejor las largas horas de servicio. A pesar de no haber ninguna indicación, todos los vecinos de la barriada de Intxaurrondo sabían que aquel desvío, tras abandonar la autovía Bilbao-Behovia, no podía llevarlos a otro sitio que no fuera lo que comúnmente conocían como las casas de los "txacurras" (perros), la Comandancia de la Guardia Civil de San Sebastián.

Las viviendas y dependencias de la Guardia Civil se encontraban separadas del resto de edificios del barrio como medida de seguridad para la instalación y como medida de prevención para los residentes de la zona. Así evitaban ser confundidos con guardias o familiares de estos y evitar ser alcanzados por algún disparo con los que habitualmente ETA les obsequiaba desde los montes cercanos, o para prevenir que sus viviendas fueran alcanzadas por la caída de algún JOTAKE (granadas que funcionan como un mortero de elaboración propia de ETA, con un alcance de varios cientos de metros),

ya que estos artefactos no tenían mucha precisión. De esta manera, los dos guardias dejaban que fuera la suerte quien decidiera a cuál de los dos le podía tocar recibir un obsequio al salir para efectuar los controles de acceso.

Resignado, el guardia civil se levantó lentamente de su asiento, debido en gran medida al pesado e incómodo chaleco antibalas que llevaba puesto. Tras ajustárselo, se echó por encima la "esclavina" impermeable y se ajustó el "quepí" en la cabeza. Esperó unos instantes dentro de la garita a que el vehículo se detuviera frente a la barrera, que apagara las luces de cruce y encendiera la luz interior, como anunciaba un gran cartel junto a la barrera, mientras intentaba comprobar quién lo ocupaba.

—¿Los conoces? —preguntó el guardia, que se disponía a salir a su compañero.

—No, pero lo más seguro es que se hayan confundido —le contestó, mientras el otro, sentado, intentaba mirar a través del agua que resbalaba incesantemente tras los cristales.

—Pero tú sí podrías conocerlos, mira la matrícula, son de Madrid, paisanos tuyos.

—De todas maneras —dijo mientras realizaba una mueca—si no se han equivocado y viene aquí, deben ser "carne de cañón", como todos nosotros.

El guardia civil cogió su subfusil y, ocultándolo bajo la esclavina, se lo colocó para poder hacer uso de él rápidamente en caso de que fuera necesario. Salió de la garita y, al llegar junto a la puerta del conductor, saludó militarmente, mientras el cristal del vehículo comenzaba a descender.

—Buenas tardes. ¿A dónde se dirigen?

—Buenas tardes —le respondió el conductor, un hombre de unos treinta y muchos años, de complexión fuerte, con el pelo liso, oscuro y largo, con unas marcadas líneas de expresión en su rostro que ocultaba bajo unas gafas de pasta de color negro. Le acompañaba una mujer de unos veintipocos años, menuda, de pelo negro, largo, ensortijado, con grandes ojos oscuros.

—Somos compañeros —mientras le mostraba una pequeña cartera en la que, en una de sus caras interiores, aparecía un carné con la inscripción de "Dirección General de la Guardia Civil" y una fotografía de uniforme. En la otra cara había algo parecido a una placa, en la que, junto al emblema del cuerpo, se podía leer "Servicio de Información".

—El vehículo también es oficial —añadió.

—No os conozco, no sois del Servicio de Información de aquí –le comentó, mientras examinaba la documentación.

—No, pertenecemos a Madrid.

—*Base para coche tres, ¿os queda mucho para llegar*? —La llamada resonó de manera estrepitosa en el interior del vehículo, interrumpiendo bruscamente la conversación de los dos guardias. La mujer se apresuró a abrir la guantera y bajar el volumen de la emisora que había en su interior, mientras pulsaba un interruptor del salpicadero y respondía:

—*No estamos en el puesto de control esperando entrar.*

—*Vamos, daos prisa, han vuelto a llamar preguntando si habíais llegado*.

El guardia devolvió apresuradamente la documentación a los ocupantes del vehículo, realizando un gesto con la mano al compañero de la garita para que elevara la barrera.

—Adelante, podéis pasar.

—Gracias, que tengáis un servicio tranquilo —le dijo el conductor al despedirse.

—Eso espero —le respondió, mientras se dirigía a la garita y observaba cómo el vehículo se alejaba hacia el interior del acuartelamiento.

—¿Quiénes son? —le preguntó al guardia que acababa de entrar.

—Compañeros de Información de Madrid y no entiendo qué hacen aquí si están destinados allí. Que pidan destino aquí, así muchos de nosotros nos podríamos ir. Llevo esperando un montón de tiempo poder coger un destino en Madrid. —exclamó perplejo mientras se despojaba de la mojada esclavina y se sentaba apoyando el subfusil sobre sus piernas.

—Eso es porque vosotros, los de Madrid, sois pocos y estáis desparramados por todos lados; eso hace que hayáis perdido vuestra identidad, sois unos desarraigados —le dijo con sorna.

—Pero qué dices, "bellotero" —le respondió malhumorado—, precisamente eso es lo que nos diferencia del resto de comunidades que poseen un nacionalismo enfermizo, como los de aquí. En Madrid estamos acostumbrados a convivir con gente de cualquier sitio y nos encontramos a gusto en cualquier lugar que nos acepten. Aquí no se aguantan ni entre ellos, como para aguantar a gente que viene de fuera, por eso quiero marcharme cuanto antes.

—A propósito de lo de "bellotero", por ser de Badajoz, a vosotros los madrileños cómo os llaman, ¿"chulapones"? —le preguntó con sarcasmo.

—No, "capullo" —le respondió mientras expulsaba el humo de la calada del cigarrillo que había encendido—. A los madrileños castizos nos llaman "gatos".

Dicho esto, se inclinó hacia adelante con el cigarrillo en la comisura de los labios y, frotándose las manos, las acercó al desvencijado radiador.

# EL GUETO

El vehículo, con las luces de posición encendidas, ascendía lentamente por la empinada calle hacia uno de los bloques de viviendas que se encontraba junto a la galería de tiro. A pesar de la oscuridad de la tarde, las farolas que bordeaban su camino permanecían apagadas. Una medida de seguridad que trataba de evitar denotar la presencia de las personas que transitaban de una dependencia o vivienda a otra. O a los centinelas que efectuaban las rondas a través de la línea de alambradas que delimitaba el área del acuartelamiento, por lo que toda la instalación, a excepción de las zonas no visibles desde el exterior, debía permanecer a oscuras.

—No lo puedo remediar, cada vez que entro aquí me siento observado, como si mil ojos me estuvieran mirando. No consigo acostumbrarme —le comentó el conductor del vehículo a la mujer que le acompañaba.

A este hombre le llamaban Zeta, debido al indicativo personal que tenía[1](Zeta-Zeta) para poder comunicarse a través de los antiguos radiotransmisores sin codificar que poseían cuando formaba parte del GOSSI (Grupo de Operaciones Secretas del Servicio de Información) que dependía de la Segunda Sección del Estado Mayor del Ejército, al ser el más joven y el último que había llegado.

Cuando en el año 1977 se reunificaron los diferentes servicios de inteligencia en el CESID (Centro Superior de Información de Defensa), la Dirección General de la Guardia Civil creó la Unidad de Servicios Especiales (USE); los componentes del extinto GOSSI pasaron a denominarse Grupo Operativo del Servicio de Información (GOSI), manteniendo esta esta abreviatura hasta el comienzo de los años 80, en que hubo una nueva reestructuración.

En su nueva estructura, la Unidad de Servicios Especiales (USE) disponía de cinco grupos: El Grupo 1 que realizaba labores de investigación y recogida de información sobre ETA y operaba únicamente en el País Vasco. El Grupo 2, que realizaba la misma labor en el resto del país, pero con otras bandas terroristas: GRAPO, FRAP, TERRA LLIURE. El Grupo 3, que se dedicaba exclusivamente a asuntos internos dentro del cuerpo. El Grupo 4, que realizaba la misma labor que el G-1 y el G-2, pero solo en la provincia de Navarra. Y el GOSI, que pasó a denominarse Grupo 5, cuyo cometido era exclusivamente la vigilancia y control de personas o lugares como apoyo a

1 En esta obra, para no confundir a los lectores, nombraremos a los agentes por sus nombres o apodos y evitaremos hacerlo por las siglas que aún siguen usando.

los servicios de información o investigación del Cuerpo en cualquier punto de España en el que les necesitasen. (En la actualidad, la denominación oficial del G-5 es Grupo de Apoyo Operativo GAO).

El G-5 disponía de tres equipos, el LJ, el PJ y el TJ, habitualmente con ocho agentes cada uno. Cada agente, dentro de su equipo, era técnico en una materia y el responsable de una especialidad. Así, aparte del jefe y del subjefe de equipo, que se encargaban de planificar las operaciones y de resolver la problemática de la dirección del equipo, había un especialista en fotografía y video, otro en electrónica y transmisiones, otro en mecánica especial (cerrajería), otro en cambio de apariencia y coberturas, otro en conocimiento de ciudad y cartografía y el último era el especialista en censura (control de la correspondencia postal); pero todos conocían un poco de todas las especialidades, aparte de dominar las técnicas operativas que les permitían moverse con total naturalidad y discreción en los entornos donde operaban.

Su sede, fuera de establecimientos oficiales, se encontraba en Madrid, pero disponían de total libertad y autonomía para poder operar en cualquier punto del país, ya que todo el material que necesitaban para realizar su cometido lo llevaban con ellos. Recurriendo, en la mayoría de los casos, a la improvisación e imaginación para hacer frente a las vicisitudes que les surgían en el transcurso de las operaciones a la hora de conseguir algún tipo de material especial o modificar el que ya tenían.

En sus desplazamientos habituales no se alojaban en instalaciones oficiales para no ser identificados o reconocidos por otros miembros del Cuerpo. Llegaban al lugar, realizaban la misión que les habían encomendado, aportando informes y pruebas, y se retiraban; la mayoría de las veces sin haber mantenido contacto directo con los miembros de las unidades que les habían solicitado su apoyo.

Ahora, los sistemas de comunicación que poseían estaban codificados y se podían expresar de manera clara a través de ellos, pero seguían usando los indicativos y el lenguaje convenido en la ejecución de su trabajo, llegando a nombrarse por ellos, en vez de por sus nombres, incluso cuando estaban fuera de servicio. Zeta no había ascendido de grado, porque, como decía: "Para ser un buen jefe, antes hay que ser un buen peón, y él aún seguía en periodo de aprendizaje". Pero gozaba de la consideración de todos los componentes de la Unidad de Servicios Especiales, pues la mayoría de los agentes operativos que actualmente se encontraban en ella había estado bajo su tutela y supervisión, ya que era uno de los responsables de la selección y adiestramiento del curso de "técnicas y tácticas operativas", que era imprescindible superar antes de pasar a formar parte de alguno de los grupos de la Unidad.

—Yo, lo que no puedo remediar, es esa sensación de ahogo que siento cada vez que cruzo la puerta de algún cuartel de la Guardia Civil en esta tierra. Es como si entrara en un gueto, como esos en los que metían a los judíos en la Alemania nazi. Aquí todo es oscuro y sombrío; la gente cruza de un sitio a otro deprisa, sin tiempo para detenerse a saludarse, como con miedo de ser visto o reconocido por la gente fuera de aquí. Donde no ves a críos jugando, como ocurre en la mayoría de los cuarteles del resto de España, donde el rostro de las personas que viven y trabajan aquí está lleno de amargura. —dijo Montserrat, la mujer que le acompañaba y que todos conocían por Monseta.

Zeta la observó de reojo durante unos segundos, intentando acordarse de lo mucho que había cambiado desde que la vio por primera vez, en las dependencias que la USE tenía en la Dirección General, mientras esperaba a ser entrevistada.

Nadie apostaba un duro por esa guardia civil, frágil y flacucha, con pinta de maestrilla de escuela, cuando se presentó a las pruebas de selección en la primera convocatoria de plazas para personal femenino en la Unidad de Servicios Especiales.

La "patito feo" la apodaron, debido a la imagen que aparentaba, pero en la entrevista que mantuvo con ella se dio cuenta del gran potencial operativo que poseía. Fue de los pocos que apostó para que iniciara el ciclo de formación, a pesar de las críticas de los que pensaban que el tiempo empleado con ella era tiempo perdido porque no creían que pudiera finalizar con éxito el exigente curso, desaprovechando la oportunidad de poder elegir a otra persona con, aparentemente, más capacidad.

La verdad es que una de las cualidades más importantes que se buscaban en las personas que intentaban pasar a formar parte de esta Unidad era la de no llamar la atención y pasar desapercibido en su entorno, ser una "persona gris", y ella lo conseguía. Podrías pensar que era cualquier cosa, menos la de ser un agente de información de la Guardia Civil. Ahora, a menos de un año desde que acabó su periodo de instrucción, había demostrado su valía en las operaciones en las que había participado y se había convertido en un inmejorable agente operativo.

—La verdad es que sí, llegar aquí es deprimente, pero ya te acostumbrarás.

—¿Tú lo has hecho?

—Estoy en ello —le respondió con una agridulce sonrisa.

—Pues si tú aún no lo has hecho, con el tiempo que llevas viniendo, imagínate yo.

—Lo que a ti te pasa es lo que llamamos "síndrome de los primeros años". En algunos momentos te encuentras desorientado de tanto ir de aquí para allá, con tanto viaje, sin saber muchas veces dónde te encuentras al despertarte. Pero no te preocupes, una vez que cojas el ritmo, se te pasará; a todos nos ha sucedido.

—¿Tú crees?

—Pues claro, además, ¿tú ahora qué problemas tienes, saber qué es lo que tienes que echar en la maleta? De momento tienes la suerte, y mientras continúes en esta unidad, te aconsejo que sigas así, de no tener pareja ni hijos, a los que dejas durante... ni se sabe cuánto tiempo. Y a los que no les puedes decir ni adónde vas, ni lo que vas a hacer. En la mayoría de los casos, como ocurre ahora, porque ni tú mismo sabes a lo que vienes.

—¡Oye, oye, que mis problemas no son tan simples como tú crees! Que yo también tengo una vida, familia y amigos con los que me gustaría pasar más tiempo... o por lo menos saber el tiempo que dispongo para estar con ellos antes de volver a salir. Además, la premura de este viaje ha echado por la borda el fin de semana que tenía previsto pasar, junto a un amigo, en un hotel de la sierra de Madrid. —Como siga así, me voy a quedar para "vestir santos" —terminó diciendo, dejando escapar un leve suspiro y con gesto de resignación.

—Estando en este Grupo, olvídate de poder hacer planes con familia y amigos, incluso a corto plazo. Muchas veces pienso que lo mejor que yo podría hacer es pedir otro destino en el Cuerpo; por lo menos dormiría todas las noches en casa junto a mi mujer y mi hijo. Y no estar en esta situación, hoy aquí, mañana allí, y pasado mañana ni te lo imaginas... ¿Sabes lo que puedo encontrarme cuando acabe lo que hemos venido a hacer y bajemos a Madrid? Mi casa vacía. Porque mi mujer, harta de estar sola debido a estos continuos y prolongados viajes, se habrá marchado con mi hijo... y puedo asegurarte que no seré el único del Grupo al que le pueda ocurrir esto. —comentó entre enfurecido y resignado, mientras estacionaba el vehículo junto a las instalaciones que albergaba la galería de tiro.

Después de apagar el motor, abrió la puerta y, cuando se disponía a salir, miró durante unos instantes a Monseta, que, con la mirada perdida en las gotas de agua que caían sobre el cristal delantero, se encontraba recostada en el asiento del coche.

—¿No piensas bajar?

—Claro, pero me gustaría hacerlo en el hotel que tenía reservado para ir, no aquí. —contestó mirándole con tristeza.

—Venga, anímate, que no todo es tan malo. También pasamos buenos momentos. —dijo sonriendo, mientras se giraba en su asiento hacia donde ella se encontraba—. Siempre nos queda la opción que continuamente nos está proponiendo nuestro inestimable amigo y compañero, el teniente Rafael Monge Segura.

Zeta se aclaró la garganta y en un tono grave y con voz de circunstancia dijo: —Compañera, aquí no obligamos a nadie a estar. Si no estás a gusto, ya sabes lo que tienes que hacer... coger carretera y manta.

Una sonrisa apareció en el rostro de los dos guardias. Sin mediar palabra salieron del coche y, mientras se encaminaban con su equipaje hacia uno de los bloques de viviendas donde les habían facilitado, de manera excepcional, un piso, Zeta pensaba que, a pesar de todos los inconvenientes que suponía pertenecer a un grupo tan singular, estaba orgulloso de hacer lo que hacía, porque no lo veía como un trabajo, sino como una forma de vida. Vida que ninguna otra unidad dentro del Cuerpo, y menos en la vida civil, se lo podría ofrecer.

Accedieron a una de las torres de pisos próximas al lugar donde habían estacionado y cogieron el ascensor hasta la segunda planta. Al entrar en una de cuatro viviendas, de las que constaba, pasaron junto a una puerta que comunicaba con algo que, en su tiempo, fue una cocina y que ahora parecía un taller de electrónica y cerrajería por la cantidad de aparatos electrónicos y mecánicos que había instalados sobre la encimera y en los estantes de los armarios. Enfrente, otra puerta daba paso al salón que parecía más una oficina que un lugar de esparcimiento. En la extensa pared de la derecha había desplegado un gran plano de toda la provincia de Guipúzcoa y parte del sur de Francia, y la pared de enfrente estaba ocupada por una gran estantería llena de carpetas tipo afiche, entre las que había un televisor y aparatos de audio y video. En el lado izquierdo, un par de pequeñas mesas de oficina con varias máquinas de escribir y un ordenador. El centro de la sala lo ocupaba una mesa rectangular rodeada de sillas. Y debajo del gran ventanal, que había al fondo de la habitación, se encontraban un par de sofás y, entre ellos, un pequeño mueble que acogía la emisora base y un potente escáner que barría continuamente las frecuencias de comunicación de Policía Nacional, Ertzaintza, Udaltzaingoa (policía local) y servicios de emergencia.

[2]José Argumanez Gonzales, al que todos conocían por Joseba, un donostiarra criado en un pueblecito de la Mancha. Alto, fuerte, con el pelo

2 Las personas que surgen en esta novela con nombres y apellidos son guardias civiles que pertenecieron al GAO y que han fallecido. De esta forma quiero rendirles homenaje.

negro largo y una poblada barba que le confería un aspecto amenazador. Apariencia que estaba muy lejos de la realidad, ya que era un trozo de pan... si no le tocabas los cojones.

Era el especialista en electrónica y transmisiones del Equipo LJ, el mismo en el que estaban integrados Zeta y Monseta. Al verlos entrar, se levantó rápidamente del sofá.

—Venga, daos prisa —les dijo con su grave voz—, el jefe ha vuelto a llamar preguntando por vosotros. Nos están esperando en la sala de reuniones.

—Tranquilo, tío —le comentó Zeta calmadamente—, permítenos al menos dejar las maletas. Que nos hemos hecho a toda prisa unos cuantos kilómetros, y con el tiempecito que hace, ¿queda alguna cama libre?

—Monseta no tiene problemas —respondió Joseba sonriendo—, ya que está con Carmen en la habitación de las chicas. Pero tú y Pepenorris lo tenéis un poco crudo, no quedan camas libres.

Zeta, al escucharle, cruzó rápidamente el salón y se adentró con su equipaje por una puerta que había frente a él. Por el largo y estrecho pasillo fue entrando en cada una de las cuatro habitaciones que el piso tenía, intentando encontrar una cama libre donde dejar sus maletas. En el pasillo, intercalados frente a las puertas de los dormitorios, se encontraban dos cuartos de baño. Solo había uno utilizable como tal, puesto que el otro estaba acondicionado como laboratorio de fotografía y no podía usarse. Un solo equipo podía desenvolverse en el piso. Pero la cosa se complicaba cuando dieciséis personas tenían que convivir y trabajar en ese mismo espacio.

—¡Eureka! —exclamó Zeta, mientras ponía su equipaje sobre el despejado colchón de espuma de una de las dos literas que había en una habitación—. ¿Quién decía que no había camas libres?

—No te lo crees tú, ni "harto de pacharán" —le increpó Monseta, pasando rápidamente tras él a la habitación, cogiendo sus maletas y dejándolas en medio del pasillo —esta zona es de uso exclusivo para nosotras, así que ya te estás buscando otro sitio.

—Pero, mujer, compréndelo, todo está ocupado y vosotras disponéis de dos camas vacías, además, ¿somos o no somos profesionales, somos o no somos guardias civiles? —le dijo en tono condescendiente, mientras intentaba ocultar una maliciosa sonrisa.

—Venga, venga. Aire, que no sois precisamente vosotros los que tenéis que estar continuamente recordando que las parejas que formamos son de la Guardia Civil. —le contestó dándole un empujón.

—Vamos, mujer, no sé a qué hemos subido. Pero te puedo asegurar que, como de costumbre, no creo que tengamos muchas ganas de "fiesta" después de venir de trabajar.

Monseta se le quedó mirando muy seria con los brazos en jarra. Después empezó a caminar lenta y sinuosamente hacia Zeta, hasta que se detuvo frente a él. Con la mirada fija en la de su compañero, subió sus manos lentamente por el pecho hasta rodear con sus brazos el cuello, y acercando su boca al oído, le dijo en tono suave:

—La cuestión no está en las ganas de fiesta que podáis tener vosotros, sino en la que tengamos nosotras.

Zeta durante un instante se quedó mirando estupefacto a su compañera, mientras le retiraba los brazos lentamente y salía rápidamente en dirección al salón, al tiempo que escuchaba las carcajadas desde el pasillo.

—¡Venga, termina ya de hacer gilipolleces! —le increpó Joseba—. Deja las maletas donde puedas y vamos, que el horno no está para bollos.

—Vale, vale. No te mosquees. —le respondió Zeta con seriedad. Pero al pasar junto a él, le propinó una fuerte palmada en el trasero, mientras le decía con los ojos entornados y con la voz en Salzillo: ¡hombretón!

—Eres la hostia, tío —exclamó Joseba mirándole con incredulidad, mientras movía la cabeza negativamente con una leve sonrisa—. Con el tiempo que llevas aquí, sigues sin tomarte en serio nada, ni nombrándote ministro del Interior dejarías de hacer tonterías.

Zeta se volvió hacia Joseba y, con un tono de voz lastimero que se iba cargando de rabia a medida que hablaba, le dijo:

—Querido amigo y compañero, como te tomes en serio lo que esta panda de politiquillos que tenemos por jefes te haga pensar, acabarás con una úlcera o pegándote un tiro. No creo que merezca la pena amargarse más de lo que ya estamos. Sobre todo, sabiendo que las conclusiones a las que llega esta gente, las hacen cómodamente en sus despachos. Que emplean a una "legión" de asesores que, al igual que ellos, desconocen la realidad actual de la calle, porque no la pisan. La superficialidad con la que planean las cosas no tiene nada que ver con los riesgos que tenemos que correr para realizarlas, teniendo que recurrir, en la mayoría de los casos, a la improvisación para sacar adelante las misiones que nos encomiendan, ya que rara vez nos llaman a nosotros, la gente de base, para pedirnos nuestra opinión, ya no de lo que hay que hacer, sino de cómo ha de hacerse, para ellos, que tú caigas o caiga un comando es lo mismo, simple estadística. Que luego, a cosa hecha, se inflan entre ellos en alabanzas, felicitaciones y medallas, o se esfuman y no se

les ve el pelo cuando la cosa no ha ido tan bien como ellos pensaban y dejan que los demás se coman la mierda... ¿Oh no?

Los dos guardias civiles permanecieron durante unos segundos mirándose sin decirse nada. Uno asombrado, sin comprender el motivo por el que su compañero le había echado esa perorata, y el otro por haberle hablado de esa manera a quien se encontraba en la misma situación que él. Zeta se acercó a Joseba con la cabeza baja e intentando echarle el brazo por encima del hombro, le dijo:

—Perdona, pero se me va la olla cuando veo que esta gente lo único que quiere es pasarnos la patata caliente que les quema en las manos, como si no los conociéramos.

Después de una pequeña pausa, continuó diciéndole:

—Y que conste que ellos se lo pierden, porque estoy convencido de que yo sería un ministro de puta madre. —terminó diciéndole mientras le propinaba un sonoro beso en la cara.

La reacción de Joseba fue la de apartar de un manotazo el brazo de Zeta y retroceder limpiándose con la mano su poblada barba, mientras le decía:

—Sí, un ministro de puta madre, pero maricón.

La carcajada surgió estrepitosamente de sus gargantas. Incluida la de Monseta que, apoyada en el marco de la puerta entre el salón y las habitaciones, había sido testigo del enfático monólogo que su compañero se había marcado.

—Joseba, ¿a qué viene tanta prisa y tanta gente aquí? —le preguntó cambiando su sonrisa por un semblante más serio.

—No tengo ni idea. Nadie suelta prenda y se lleva todo muy en secreto. Ni los "Gallardo Boys" (nombre coloquial con el que se referían a un par de guardias civiles del Rojo-30, la unidad antiterrorista de Servicio de Información, que decían ser los hombres de confianza del coronel Gallardo, jefe de la Comandancia de San Sebastián) ni ningún otro miembro de Rojo-30 saben por qué nos han llamado de nuevo. Lo único que te puedo decir es que Castillo, nuestro capitán en jefe, nos ha comunicado que será el mismísimo coronel quien nos informe de qué va el asunto.

Joseba paró súbitamente de hablar con Monseta al observar a Zeta, que había cogido de nuevo sus maletas, y se dirigía hacia las habitaciones y gritando, exclamó:

—En la reunión que vamos a tener si Zeta consigue dejar sus maletas de una puta vez en algún lugar.

Al escuchar el potente vozarrón de Joseba, Zeta se quedó clavado en el sitio. Soltó repentinamente su equipaje en el suelo y, dándose media vuelta,

cruzó rápidamente el salón en dirección a la salida del piso. Comentando, con voz apresurada y en un tono jocoso al pasar junto a sus compañeros:

—Vamos, vamos, no hagamos esperar a "Dios"—. Este era el apodo con el que nombraban entre ellos al coronel Gallardo, ya que lo que este hombre no pudiera conseguir, no lo podía conseguir nadie.

## LA REUNIÓN

El murmullo que se percibía en el pasillo que conducía a los tres agentes a la sala de reuniones cesó bruscamente al abrir la puerta. Al ver entrar a sus compañeros, y no a la jefatura de la Comandancia, los componentes de los equipos LJ y el PJ rompieron el silencio con un generalizado abucheo. El blanco salón, el doble de espacioso que el de su piso, disponía en el centro de una gran mesa ovalada de madera y a su alrededor una treintena de butacas. Presidiendo esta, tres grandes sillones, y detrás de estos una librería de color negro. A pesar del sonoro recibimiento, verlos charlar y reír animadamente alrededor de la mesa llenó de satisfacción a Zeta. Desde la detención de "Kubati" y la desarticulación del comando Goierri-Costa, no coincidían dos equipos juntos para trabajar en una misma operación. Así que el asunto por el que los habían llamado tan urgentemente debía de ser muy especial.

—¡Hombre, ya están aquí los retrasados! —exclamó en tono burlón Garci, el técnico de mecánica especial (cerrajería) del equipo PJ, al ver entrar a sus compañeros. Este castellano de Zamora, al que apodaban Garci por su parecido físico con el director de cine, era un cascarrabias que nunca estaba conforme con nada y sus comentarios siempre estaban cargados de ironía, pero era un experto cerrajero y un inmejorable agente operativo.

—No, Garci, tu familia no ha venido hoy con nosotros. —le contestó Zeta, al intuir el doble sentido de su comentario, produciendo risas generales.

Estas situaciones de disputas verbales, buscando siempre el doble sentido en lo que decían, eran habituales entre los diferentes componentes de los tres equipos. La rivalidad de ver quién lograba los mejores resultados en las operaciones que realizaban hacía que se restara importancia a los logros de los otros y que sufrieran el ridículo general cuando las cosas no le salían bien a alguno de ellos. Nunca se llegaba al enfrentamiento personal, porque las pullas que se lanzaban constantemente solo buscaban desahogar la